

La filosofía, una existencia en viaje

Llevar a cabo un trabajo de investigación acerca de la filosofía de acuerdo a los términos contenidos en el título de este proyecto¹, supone disponer de algún planteamiento teórico con respecto a ella. Por lo pronto, se trata de trabajar en torno a la filosofía en Chile y, más específicamente, dentro de un período y según referencias determinadas. Llegado ahora el momento de concluir la presente etapa del trabajo realizado, es preciso conectar lo planteado en el punto de partida con lo alcanzado en el curso de esta investigación, hasta el punto de cierre fechado que ella hoy tiene. Así como también explicitar la elección de tal planteamiento y trazar una suerte de diagrama teórico del curso o variaciones de su recorrido, más allá de lo que en su inicio pudo haber sido. Se sabe ya como algo que se ha convertido en un lugar común de un trabajo de investigación, que el punto de llegada en más de un aspecto es otro que el de la partida, por mucho que sin la realidad de éste no se arribe a aquél de acuerdo a una trayectoria efectivamente ocurrida.

1. Condiciones de existencia

Un modelo de trabajo asentado en el ámbito de la filosofía moderna es el recogido en el procedimiento kantiano que pregunta por las condiciones de posibilidad pensadas por la razón para acceder a la estructura propia del conocimiento y, a partir de allí o junto con ello, a los fenómenos mismos existentes en el mundo y a los que se busca conocer en su verdad. Desplazarse hacia fuera de ese modelo significa intro-

¹ FONDECYT 2007, N°1070917: «Condiciones de existencia de la enseñanza de la filosofía en las universidades chilenas. Dispositivos para el análisis de una experiencia intelectual, política e institucional: 1935-2006».

ducirle una serie de cambios no siempre asibles por quienes expresamente procuren incluso distanciarse o separarse de él. Especialmente cuando podría decirse que durante buena parte de los dos últimos siglos ha quedado fuertemente adherido a la piel del pensar filosófico, practicado por distintas escuelas o tendencias según modalidades variadas. Al menos una muestra notoria de esa permanencia parece apreciarse al trasluz del extenso uso que suele hacerse en diversos contextos de la expresión «condiciones de posibilidad», aún cuando no se la desarrolle necesariamente en clave kantiana. Cabría considerar que la frecuencia del recurso a ella alude o aparece como una suerte de sello identificatorio de que se está ya en terreno filosófico.

Abrirse a una variante distinta a la de ese modelo de ejercicio moderno del pensar filosófico, implica por lo pronto, a propósito de las nociones de espacio y tiempo, transitar por un territorio diferente a la comprensión kantiana de ellas en la estética trascendental. En lugar suyo, cabría pensar más bien en salir hacia un ámbito que presenta otro tipo de complejidades y dificultades, por ejemplo, las que surgen al adentrarse en la geografía y la historia en que se encuentra quien piensa y que, al hacerlo, lo hace en la dimensión de sus actividades de todos los días. Esto le conduce a percatarse que allí se le hace patente a la vez la diferencia de los tiempos de la historia habida y, además, en un continuo proceso de reconfiguración suya en los múltiples escenarios y niveles de realidad humana, individual y social, que lo atraviesan y configuran desde antiguo en la condición finita y aleatoria de su existencia.

De manera que esta existencia se le aparece a cada individuo que forma parte de una sociedad —o según cual sea el caso, a cada sociedad en su conjunto—, por un lado, como eje y encrucijada de los puntos cardinales detectables mediante una brújula, o trazables mediante lo que el deseo o la imaginación creadoramente elaboren y lleguen incluso a convertir en algo real a lo que en su inicio pudo haber lindado, más bien, con los perfiles de la ficción. Una existencia, por otro lado, provista de una densidad transitiva y plural conformada por todas las huellas, aspiraciones, obsesiones reconocibles en ella en algún momento determinable, en medio de los incontables límites que se le han hecho patentes en esa existencia y que, entremedio

de cada uno de ellos, procura asumirla para recomponer una y otra vez un rostro con el cual continuar su camino.

De una tal existencia, y acerca de la que luego cabrá preguntarse por las condiciones en que ella sucede, por lo pronto, ha de poder indicarse un comienzo. Uno que será susceptible de ser señalado ya sea mediante un nombre propio o una fecha o un lugar o un hecho, o por una conjunción de alguno de estos elementos o incluso de todos ellos. En el caso que nos interesa, varios de éstos pueden ser los elementos que intervinieron en los comienzos de la existencia de la filosofía en Chile.

Para que alguien llegue a preguntar por ese comienzo, es probable que se requiera al menos que lo allí sucedido haya dejado alguna huella, que eventualmente pueda haberse convertido en un sendero o incluso más tarde en un camino reconocido como tal y por el que comenzaron a transitar otros individuos, al punto de llegar a transformarse en una referencia ineludible, en un hito, en un punto localizable mediante su latitud y longitud en el mapa que se emplee para desplazarse por ese tipo de actividad humana. De manera que ese comienzo puede haber dado lugar a y adquirido las características de un hecho singular, delimitable, reconocible por algunos rasgos descriptibles suyos. Acontecimiento, estimamos, es la palabra que en su unidad remite a la vez a la constitutiva pluralidad de elementos, situaciones, hechos, que han formado parte de ese comienzo y de al menos alguna parte importante de su trayectoria, al margen de que en ese momento resultase probablemente difícil avistar aún la estatura de reconocimiento social, institucional o las señales de identificación discursiva que con el correr del tiempo pudiera llegar a tener. Es precisamente el conjunto de los efectos producidos por lo que sucedió a partir de ese comienzo, lo que más tarde puede conducir al intento de establecer la conexión entre la figura alcanzada con el correr del tiempo por aquello que en un momento fue simplemente un punto de partida y, a su vez, a preguntar, por así decir, retrospectivamente por éste inicio mismo. De manera que a través de la noción de acontecimiento nos encontramos con la remisión mutua, en doble dirección, entre los comienzos y aquellos puntos de llegada reiteradamente transitorios que puedan

identificarse como altos en el camino, posadas para reposar y retomar impulso en la trayectoria con la que se está comprometido. Pero también, como resulta evidente, para sopesar y evaluar lo que en una o más etapas de ese trayecto se ha logrado y se ha malogrado.

Todos esos diversos ingredientes que intervinieron de alguna manera en el comienzo y desarrollo de la existencia de lo que consideremos como un acontecimiento, forman parte de su historia. Una que más tarde podrá ser narrada, recuperada en sus antecedentes, inicios, transformaciones, así como en los desvíos o aciertos logrados a partir de sus particulares proyecciones hechas en un momento determinado. La figura teórica a través de la cual, planteamos, podrá organizarse el recorrido por esa historia es la que ha llegado a ser conocida con el nombre de dispositivo. Una figura en la que junto a la serie de matices o repeticiones de lo que se mantiene relativamente estable en esa historia conforme a lo que desde un inicio se haya establecido en ella, se encuentra también la diversidad aleatoria y heterogénea de lo que irrumpe sin previo aviso o a pesar de la programación que se pueda haber realizado para contener o impedir lo que se estime como disruptor del curso trazado.

Un dispositivo que actuaría como instancia de análisis de todo cuanto configura a ese acontecimiento, pero que a la vez provee de un horizonte de inteligibilidad para situar esa singularidad en el entramado de la historia en que está tejido ese acontecimiento. Empleamos aquí el término horizonte como aquella palabra que designa a esa línea real y ficticia, estable y móvil, a la vez, que percibe todo aquel que se encuentra al comienzo o en medio de una navegación, aún al abrigo del puerto o de la costa desde la que está por zarpar, alejándose de esa realidad conocida como punto de partida o ya en medio de la alta mar. Horizonte, entendido como esa línea de realidad más amplia, ese espacio-tiempo en el cual existimos con la intermitencia, reiteración u ocasional apaciguamiento de la realidad de las preguntas, dudas, interrogantes que agitan nuestra cotidianidad de individuos asentados en un lugar estabilizado, o en reiterado movimiento hacia otros parajes ya conocidos o por conocer. Horizonte, avistado como ese más allá que impulsa o atrae a cualquier proceso de reflexión, in-

separable y deudor del punto de anclaje conceptual en que nos encontramos en un momento determinado y que, sin embargo, no se yergue como obstáculo para mirar hacia eso más lejos en lo que sospechamos poder encontrar o que nos invita a inventar otras herramientas y propuestas teóricas, para hacer frente a las incertidumbres que se cuelan a veces por entre lo que parece cobijarnos como algo seguro.

Horizonte de inteligibilidad de nuestras condiciones de existencia², por tanto. Punto de llegada aún desconocido, al que hemos de darle o encontrarle su perfil y su densidad, que surge de entre el cruce de calles, caminos, mapas del territorio que habitamos y creemos conocer y que, justamente, nos mueve a desplazarnos hacia otro lugar imaginado, buscado tras algún por qué, que deje otra huella debajo de nuestros pies. Reiterada insatisfacción con lo ya conocido, logrado, habitual, domesticado. Movimientos, desplazamientos, viajes de variada gama que animan la existencia de cada quien, de una comunidad, un pueblo, una sociedad. Puntos cardinales que todos y cada uno de éstos sienten en algún momento la necesidad de rediseñar al trasluz o sobre el trasfondo de esos otros puntos cardinales del planeta, tan ficticios y reales, tan humanamente inventados y considerados como invariantes, al igual o a semejanza de cualquier horizonte.

Condiciones de existencia que incluyen dentro suyo a esos horizontes y puntos cardinales, indispensables para desplazarse y orientarse por ella, imprescindibles en su conjunción de uso e invención individual, social, planetaria. Inevitables como recursos del pensar, desplazándose siempre entre un más acá y un más allá, descubriendo interrogantes, sorteando incógnitas, por entremedio siempre de lo sorprendente en la habitualidad cotidiana y en la insólita transmutación que entre ellos sue-

² Hacemos uso de esta expresión, condiciones de existencia, siguiendo la línea temática abierta tempranamente por Nietzsche mediante ella y que, entre otros conceptos y temas de la filosofía contemporánea —como también el de horizonte—, él conecta de manera directa con la noción de acontecimiento. Esta última, a su vez, permite establecer un vínculo inmediato tanto con la temática nietzscheana por parte de Foucault, como con la noción de dispositivo introducida por éste en la década de 1970 en varios de sus escritos.

le suceder un día cualquiera. Puntos de referencia teórica que se encuentran siempre más allá de donde nos encontramos y que, sin embargo, una y otra vez y de distintas maneras alguno de nosotros o nosotros mismos hemos decantado, destilado desde las experiencias habidas y por haber.

2. Un largo viaje

Comienzos de la filosofía en Chile a partir de cierta fecha. Se pueden emplear diferentes palabras o expresiones, tales como eco, reflejo, variaciones sobre un tema dado, experiencia situada, discurso local u otras de distinto calado para referirse a lo que surgió en estas latitudes a partir de aquel otro acontecimiento inicial, acaecido en otro continente, mediante el cual la filosofía se asentó en Atenas. Ciudad o ámbito desde el que se dio comienzo a un largo y complejo proceso de colonización de Occidente y luego del planeta entero, sin que mediasen los estruendos de invasiones violentas y de incurables heridas abiertas de sujeción social, cultural. Aunque se pudiera mencionar o denunciar que al trasluz de tal proceso no puede dejar de percibirse algo así como una sombra en la existencia de distintos tipos de connivencias, convivencias, complicidades o mestizajes discursivos, filosóficos, y como quiera que más tarde, en algún otro momento se los haya asumido, blanqueado, rediseñado o abandonado. En cualquier caso, desde Atenas hasta Chile en algún momento se inició un largo viaje.

376

Una hipótesis de geografía filosófica y política probablemente no descabellada, podría considerar a Atenas como la capital de la filosofía en Occidente. Si asumimos esa hipótesis y la elaboramos mínimamente, no resultaría muy extraño decir que todo el resto de los lugares, ciudades donde ella se ha asentado por corto o largo tiempo, han estado pobladas por viajeros. Por una suerte de inmigrantes desde o hacia aquella capital en la que una actividad humana logró adquirir un nombre propio y ser reconocida a través suyo: filosofía.

Sería preciso tener presente también que desde un comienzo esa capital griega estuvo marcada por migraciones desde distintas otras ciudades del Peloponeso, com-

puestas por ese peculiar tipo de individuos que crearon un nuevo estilo de ejercer el pensar, que al incorporarlo a sus vidas cotidianas, comenzaron a ser llamados filósofos. Algunos de ellos salieron más tarde desde allí hacia otras latitudes del mundo greco-romano de los siglos posteriores a los de su apogeo en ese lugar, hacen ya 25 siglos. De modo que la condición de existencia misma de la filosofía cabría describirla como la del desplazamiento, de la migración reiterada, del viaje y, en especial, la de carecer de un único lugar en el que su ejercicio sea absolutamente nativo, aborigen. Así, el estilo de ejercicio del pensar puesto en obra por ella, sería preciso entenderlo como uno ya configurado, recubierto por las huellas y señales que en su discurso han dejado el ir y venir por territorios, poblaciones, tipos de acciones y de relaciones humanas generadas por culturas diversas, practicadas en lenguas múltiples. Toda esa pluralidad de aspectos y de cuestiones no puede haber sido ajena a la constitución del corpus de tal pensar. De modo que, además, el ser políglota señala hacia otro rasgo necesario de añadir a la itinerancia, al viaje y proceso migratorio que delinear el perfil de las milenarias, históricamente diversas condiciones de existencia de la filosofía.

En los milenios posteriores a aquel siglo de oro ateniense que actuó como una suerte de primer registro civil cosmopolita de la filosofía, se han multiplicado los lugares y las lenguas en las que resuenan las muy diversas variaciones solistas o de cámara de aquel discurso de los comienzos. Lo pensado de acuerdo a las cadencias de aquel inicial logos griego persiste en hacerse oír hasta hoy como una suerte de bajo continuo, que aún resuena entre las palabras del pensar que se enfrenta a interrogantes del presente. Sólo que Occidente ha creado una nueva torre de Babel con otras lenguas modernas, y éstas han continuado pensando en su propio estilo lo que una vez fue solo griego. Con el correr de los muchos siglos, el filosofar convirtió a quienes practican tal ejercicio del pensar en trotamundos, tal vez en peregrinos o bien en nómades por viajes reales o imaginados por entre las páginas de libros, en viajes posibles e imposibles a la vez. El curso de la historia de los hombres grabó sus sellos en sus múltiples viajes finitos a través de lo infinito. Y lo sucedido en ellos quedó

registrado por quienes bien pudieran denominarse como los muchos payadores, cantantes y cantores que en el mundo han sido, y han compuesto en clave filosófica lo que cabría llamar, por así decir, sus versos a lo humano y lo divino.

La así llamada condición universal de la filosofía, que pareciera aún apelar a una versión o verso único, fundante o perenne de ella, tiende a convertirse cada vez con mayor intensidad en un nostálgico eufemismo. La cruda realidad de muchas acciones y omisiones humanas, repetidas veces ha desenmascarado la condición universal de derechos, credos y declaraciones humanitarias hechas por hombres de todo el mundo. La invocación que todavía se hace de ella en algunos ámbitos, tal vez no tenga ya más aspiraciones que las de pretender amortiguar las diferencias territoriales y nacionales que —al menos con el paso de los siglos de la modernidad hasta hoy—, han ido quedando grabadas en las lenguas con que en la actualidad se reflexiona bajo el signo de la filosofía, por lo pronto, en este hemisferio del planeta e incluso más allá de él.

Con excepción probablemente de aquellos nombres ya clásicos de los filósofos que se repiten en los planes de estudio de cualquier Departamento de Filosofía de una Universidad cualquiera, en esos tres países de Europa —Alemania, Francia, Inglaterra, que en estos asuntos han ejercido en los últimos siglos un mayor poder de imantación sobre el resto de Occidente—, una y otra vez se puede comprobar la fuerte autorreferencia que en primera y segunda instancia han solido practicar en el ejercicio de sus actividades teóricas, convertidas hoy en una profesión universitaria. Es el peculiar estilo del oficio y de escritura con que suele ejercitarse la filosofía en los respectivos ámbitos culturales de esas tres sociedades —siendo muy restrictivos en cuanto a la cantidad de esta nominación—, lo que, para la percepción de más de algunos, hace resaltar la diferencia en los estilos de comunicación a través de cada una de esas tres lenguas. Frente a éstos es que pareciera resonar, como un murmullo o como un estruendo, lo que cabría considerar como el sonoro vacío estilístico de la pretendida universalidad de la filosofía, cualquiera sea la lengua en que ella se exprese. Y a pesar de esto, entre las décadas pasadas del siglo recién concluido y en la que

ahora estamos, han aparecido en distintas latitudes numerosos actores profesionales en la escena filosófica contemporánea, multiplicando así los espacios y las lenguas en que la palabra filosófica puede sentirse como estando cómodamente en casa.

3. Una posada

¿Desde qué lugar y con qué propósito emigraron los primeros inmigrantes que abrieron un espacio en la universidad de este país, Chile, que, de algún modo buscaron aproximarse a lo que hacía 25 siglos atrás había sucedido en Atenas, con la Academia de Platón y el Liceo de Aristóteles? Sabemos que esta pregunta puede provocar sonrisas un tanto irónicas y gestos de sorpresa e incluso de rechazo, por contener anacronismos y desmesuras evidentes, se dirá. Sabemos que desde aquellas paradigmáticas «instituciones» atenienses hasta que se abrieron en Occidente las primeras universidades, pasó más de un milenio y medio. Sabemos que pasaron más de siete siglos desde que comenzó el proceso de consolidación de las universidades europeas, hasta que en algunas de ellas comenzaron a formarse y graduarse filósofos que inauguraron una profesión académica, inédita hasta hace un par de cientos de años. Pero también sabemos que prácticamente todos quienes ejercemos hoy en día el rol de profesor de filosofía en algún establecimiento de educación media o superior del país, procedemos de aquellos gestos y actos de algunos pocos hombres que, primero en una y después en otra universidad de la capital de este país, decidieron abrir y habitar los primeros espacios universitarios, las aulas que pudiesen acoger a quienes se entusiasmaban, como ellos, con las palabras de unos cuantos puñados de filósofos habidos en Occidente. Lo que aquí sucedió hacen 76 años por primera vez en la Universidad de Chile, sucedió también antes y después en otros países de la región y más allá de nuestro continente. Lo que sí podría causar alguna sorpresa para muchos que con distintas edades se dedican actualmente en este país a la filosofía, es que lo sucedido hasta hoy con la profesión de profesor de filosofía o licenciado en ella, sea algo que posea una historia tan breve y, además, usualmente muy poco conocida por quienes son parte de ella.

Esta misma situación vista desde otro ángulo, nos lleva a destacar otro aspecto de ella. Así como el día de celebración oficial de un hecho histórico de algún otro siglo distinto a aquel en que se cumple la celebración, no suele recoger la diversidad de elementos, instancias y procesos que condujeron a que él sucediera o comenzara en esa fecha, con el ejercicio profesional de la filosofía sucede lo mismo en este país. Se comenzó a practicarla antes de que hubiera individuos que hubiesen recibido una formación académica sistemática para ello. Por lo demás, este es un hecho que todos sabemos se encuentra ya en el modo de existencia de los primeros filósofos griegos, ninguno de los cuales comenzó a pensar provisto de un título o grado que lo legitimara y, muchos de ellos, ni siquiera disponían del nombre de filósofo con que denominar su actividad. Si damos un vistazo rápido a lo sucedido aquí, mediante un recorte temporal que privilegia algunos hechos acaecidos luego de haberse afianzado ya en buena medida la organización de este país como república, nos encontramos con que en algunas de sus instituciones se iniciaron los primeros escauceos de existencia independiente de ella.

Sobre el trasfondo del valor y el brillo milenario adquirido por la filosofía en el hemisferio en el que se encuentra nuestro país, en 1843 comienza la enseñanza formal de ella en el Instituto Nacional, respaldada por su inclusión con 3hrs. en el último año de su plan de estudios específico. Un año después de la fundación de la Universidad de Chile, la filosofía sale así a un espacio distinto de aquel donde había crecido al alero de la Universidad de San Felipe y de los claustros eclesiásticos que, tanto en Europa como, por lo pronto, en este país fueron sus primer lugar de incubación. Una huella de esa realidad centenaria se encuentra en que latín era la única asignatura que allí se enseñaba desde 1º a 6º año, aunque religión sólo se impartía dos veces por semana a los estudiantes internos del Instituto. A partir de 1893 con la aplicación de lo que se denominó el plan de estudios concéntrico que incluía la enseñanza desde 1º a 6º año de las asignaturas de castellano, matemáticas, ciencias naturales y geografía e historia, filosofía se enseña en 5º y 6º año con 2hrs. c/u, así como se entregan 2hrs. de Religión de 1º a 4º año. Esas horas de filosofía se mantie-

nen en el nuevo plan de estudios de 1912, junto con introducirse Educación Cívica con el mismo régimen horario, mientras que religión se convierte en optativa de 1° a 6° año con un número variable de horas. En la importante reforma educacional de 1928, filosofía aumenta su enseñanza en los institutos y liceos del país a 3hrs. en 5° y 6° año, así como 2hrs. en este último año de la sección científica. En ese Plan se mantienen las 2hrs. de Cultura Cívica, pero se aumenta en un año, de 4° a 6°, mientras que Religión o moral queda con 2hrs. de 1° a 3° año. En 1935 se introduce un nuevo plan de estudios que busca perfeccionar lo hecho hasta entonces en todos los liceos del país. En lo que compete a nuestro interés, se mantiene filosofía en 5° y 6° año, aunque se modifica en dos sentidos, disminuye una hora en 5° año manteniéndose las 3hrs. de 6° año, con la indicación expresa de que una de esas horas ha de tener un carácter práctico. Lo mismo sucede con Educación Cívica, mientras que Religión pasa a ser optativo de 1° a 3° año con una hora de clases semanal.

Nos detenemos en este punto de la rápida panorámica dada a la presencia de la filosofía en la enseñanza media, junto a algunas disciplinas vecinas a ella, pues 1935 es un año especial. A semejanza de lo que sucedió en Europa, aunque con otros tiempos distintos, acá hubo que esperar casi un siglo antes de que se convirtiera en realidad la necesidad de comenzar a formar profesores de filosofía que, como profesionales con una formación específica, se hicieran cargo de ampliar la educación de los jóvenes de la Enseñanza Media a través de ese saber.

Preguntemos de nuevo ¿de dónde emigraron esos inmigrantes llegados a la Universidad de Chile en 1935, que crearon el primer Departamento de Filosofía que se propuso formar profesores de filosofía para la Enseñanza Media de la nación? Aunque en verdad no sea tan extraño, fueron emigrantes que salieron del mismo lugar al cual inmigraron, es decir, Chile. Su punto de llegada no fue distinto al de la partida. En el límite, podría decirse que, mediante la lectura de los libros de filosofía disponibles para ellos y montados en el ejercicio de la reflexión filosófica que allí aprendieron, viajaron miles de kilómetros y por distintas culturas, sin moverse de esta tierra. Y no es extraño, porque suele suceder con la filosofía que, para llegar a

ella, no es imprescindible moverse del lugar en que se nació y creció. Puede bastar con una buena lectura de unos cuantos libros de tal oficio bien seleccionados. Con ella, además de tener que descifrar conceptos y alfabetizarse sobre el conocimiento y la verdad de las cosas, la naturaleza, la condición humana y las relaciones entre los seres de nuestra especie, de hecho y por lo menos, se recorre, se viaja por gran parte de Europa y el Mediterráneo.

Si entregamos ahora un solo rasgo significativo de la condición de estos inmigrantes que dieron inicio a la filosofía como una profesión en la universidad, cabría decir que vital e intelectualmente eran hombres que vivían en lo que pudiera llamarse como dos mundos específicos de intereses y preocupaciones. Los que se asentaron formalmente a partir de 1935 en la Universidad de Chile, compartían, por una parte, un compromiso social y político con el desarrollo de la educación pública nacional, abierta a todos los ciudadanos del país sin distinción de credos ni ideologías y, por otra parte, transitaban por el mundo de la filosofía, provistos del entusiasmo y la lucidez que suele otorgar a algunos la condición de ser prácticamente autodidactas. Fueron individuos que abrieron un camino inédito hasta ese momento, y que muy pronto culminó en el título universitario de Profesor de Estado en Filosofía. En ese título confluyeron esos dos mundos y preocupaciones. Mediante él, se intentaba llevar la filosofía con el mejor nivel de formación especializada disponible en ese entonces, a lo que en ese tiempo se llamaba la Educación Secundaria, equivalente a la Educación Media de hoy. Ese fue el propósito y directriz inicial con que se crearon el Departamento y los estudios universitarios de Filosofía. Y no es casual el hecho de que varios de los mejores graduados de esas primeras promociones de estudiantes, se hayan convertido muy pronto en profesores de ese Departamento así como de los de otras universidades, que poco después comenzaron a abrir también Departamentos de Filosofía. Quienes en la Universidad de Chile comenzaron ese camino y lo estructuraron, fueron Pedro León Loyola y Eugenio González Rojas. Un rasgo adicional común a ellos es que ambos, como estudiantes, fueron presidentes de la Federación de Estudiantes de Chile, FECH, en 1918 y 1922, respec-

tivamente, y también rectores de la UCH, en calidad de interino y por un breve período, el primero, y entre 1963-1967 el segundo. En conjunción con estos dos personajes, un tercer nombre que se inscribe en el mismo registro de intereses y de acciones en el campo de la filosofía y de la educación pública, es el de Enrique Molina Garmendía, quien fuera uno de los fundadores de la Universidad de Concepción y rector en ella entre 1919 y 1956, y el primer presidente de la Sociedad Chilena de Filosofía fundada en 1948.

Por lo menos entre 12 y 15 años después de 1935, hubo otros inmigrantes —en el sentido con que hemos venido usando esta palabra— que asumieron un rol semejante con respecto a la filosofía en las universidades católicas de Santiago y Valparaíso. Puede decirse de ellos que también fueron inmigrantes de dos mundos. Por una parte, provenían del mundo de la religión católica y de la teología, que buscaban consolidar los principios y verdades de su doctrina religiosa en la población del país y en particular en todos los niveles de la educación nacional. Por otra parte, transitaban igualmente por el mundo de la filosofía, que ejercía su atracción sobre ellos y para quienes el principal vínculo de conexión entre ambos mundos lo constituían las enseñanzas del doctor angélico Santo Tomás de Aquino. También en ellas el inicio específico de los estudios de filosofía tuvo el propósito de formar profesores para la enseñanza media y, en este caso, con una orientación declaradamente católica. Si hubiera que dar un par de nombres significativos de estas universidades por el estilo que imprimieron a sus enseñanzas y la huella que dejaron en esas instituciones, probablemente los de los sacerdotes Osvaldo Lira y Rafael Gandolfo serían los más relevantes.

Otra mención inevitable frente a la imagen empleada aquí de inmigrantes de la filosofía en Chile, se dirige a aquellos filósofos provenientes de España, Polonia, Alemania, Italia, Perú y Bolivia³, que especialmente entre las décadas de 1940 y 1960-70, enseñaron por distintos períodos en la Universidad de Chile y ocasionalmente

³ Se trata de: José Ferrater Mora, Bogumil Jasinowski, Erwin Johan Rüşch, Ernesto Grassi, Gerald Stahl, Alberto Wagner de Reyna, Francisco Soler, Manfredo Kempff y Roberto Prudencio.

algunos de ellos en las universidades católicas. En estos casos se trató de inmigrantes históricamente reales, algunos de los cuales dejaron huellas significativas en los estudios de filosofía que por ese entonces se iniciaban y buscaban consolidarse en esas primeras décadas.

4. Un camino recorrido

Esos primeros inmigrantes que introdujeron los estudios formales de filosofía en Chile, al cabo de los 76 años de su ejercicio universitario, podrían apreciar —si les fuera posible⁴— que su impulso inicial generó en el país un movimiento con una dinámica que llegó a adquirir distintos estilos en los diversos tipos de universidades que acogieron el trabajo de hacer filosofía. Fue el comienzo de una aventura, de un viaje que ha llegado a adquirir en el ámbito de la cultura nacional una estabilidad y una dimensión reconocible bajo el perfil de lo que hemos denominado como un acontecimiento. De éste cabe decir, por lo pronto, que es tal para quienes —tomando alguna distancia con respecto a sí mismos y a la inmediatez de aquello en que están inmersos— forman parte de él en algunos de sus niveles de existencia, ya sea que tengan o no conocimiento explícito de todas las etapas de ese desarrollo y su trayectoria, ni del grado o formas de manifestación alcanzado en ella. De acuerdo a los datos registrados en esta investigación que abarca el período 1935-2008, los Departamentos e Institutos de Filosofía existentes en las 16 universidades que a partir de distintos años iniciaron tales estudios, graduaron a 2746 profesores y/o licenciados en filosofía. Las cuatro universidades que al cabo de 26 años en su práctica de la filosofía, hacia 1962 ya habían graduado a 98 estudiantes y que en esa década de los años 60 consolidaron en diverso grado tales estudios, fueron la Universidad de

⁴ La última vez que don Pedro León Loyola dio clases de Metafísica en el Departamento de Filosofía de la UCH, después de haberse acogido a jubilación y de volver a reincorporarse a ese lugar fundado por él y que no le resultaba fácil desligarse de él, es decir, de la docencia en filosofía, fue al término del primer semestre de 1960. En esa misma década, las labores de Decano de la Facultad de Filosofía y Educación y luego de Rector de la Universidad de Chile, paulatinamente habían alejado a don Eugenio González de impartir clases en esos lugares.

Chile, la Universidad Católica de Santiago, la Universidad Católica de Valparaíso y la Universidad de Concepción, que respectivamente entregaron el título de Profesor de Estado en Filosofía o de Profesor o Licenciado en Filosofía a 63, 29, 5 y 1 estudiantes. La variación de estas cifras muestra tanto la concentración inicial de estos estudios en la capital del país, con las dos primeras universidades mencionadas, así como su extensión progresiva hacia las otras dos regiones que se incorporaron significativamente a dicha práctica, en la medida que la afianzaron sistemáticamente de acuerdo a distintas modalidades de su ejercicio. Considerando el período de investigación señalado, estas mismas universidades entregaron el 63.25% de los títulos y grados del total otorgados por las 16 universidades consideradas, es decir, 1.741 de ellos, distribuidos respectivamente en 623, 357, 242 y 519 graduados en esas cuatro universidades. De entre éstas y en ese período indicado, el porcentaje de 65.6% de graduados en las dos universidades laicas, pública la primera y privada la cuarta —si se considera la secuencia del año en que en ellas se iniciaron los estudios de filosofía—, está por debajo del porcentaje de graduados en el total del período de 76 años en las universidades laicas, 8 públicas y 3 privadas, equivalente al 73%, con un incremento del 7.4% de graduados. Por otra parte, con un movimiento de variación inverso al recién señalado, el porcentaje de 34.4% de graduados en esas dos universidades católicas, es superior en ese primer período de 26 años al 27% alcanzado en el período total mayor de 76 años por las 5 universidades católicas consideradas en esta investigación y que indican un descenso del 7.4%. Ahora bien, si consideramos la distinción entre las 8 universidades públicas y las 8 privadas en las que se practican estos estudios, se puede constatar una leve diferencia a favor de las segundas, con un 51.1%, frente a las primeras, con un 48.9%.

Si aludimos brevemente a la imagen empleada del movimiento migratorio que trajo a la filosofía hasta las fronteras de Chile, tendríamos que decir que el hecho de haberse asentado en primer término en una universidad de la capital del país, no ha impedido que ella haya continuado diseminándose por otras regiones de la geografía nacional. Acorde por lo menos al hecho de contar la Región Metropolitana en la

primera década de este siglo XXI con poco más del 40 % de la población de Chile, a pesar de tener la menor superficie de entre las quince regiones del país, es el lugar que cuenta con la mayor concentración de universidades, ocho, en las que se ofrecen estudios formales de filosofía, que han graduado a 1.421 estudiantes, es decir, el 51.63% del total de graduados en el período ya indicado. La V Región ocupa el siguiente lugar con un 23.22% de esos graduados, equivalente a 639 estudiantes, que han recibido allí sus títulos y/o grados de parte de cinco universidades, a pesar de que tres de ellas son actualmente la continuación bajo otra denominación institucional de la Sede Valparaíso de la Universidad de Chile, situación a la que nos referiremos más adelante. La VIII Región, a través de la Universidad de Concepción, aporta el 18.86% de graduados, equivalente a 519 profesionales. Mientras que en la X Región la Universidad Austral de Chile graduó en 1975 al primero de sus 115 profesionales en filosofía, que conforman el 4.18% del total. La Universidad de La Serena contribuye en la IV Región con 58 graduados, equivalentes al 2.11% de esos 2746 estudiantes que cuentan con un título o grado de estudios de filosofía. Por cierto, con esta referencia sólo se indican las cuatro regiones en las que se han establecido Departamentos o Institutos de Filosofía que reciben estudiantes para proseguir esos estudios. Pero con ello no está dicho cuál sea el número de estudiantes de las otras regiones del país que están matriculados en alguna de esas 16 universidades o se han graduado en ellas, pues carecemos de esa información.

386

La alusión recién hecha al cambio habido en las universidades de la V Región, nos permite detenernos en un hecho importante que está a la base de ese cambio, pero que también marcó las condiciones de existencia de la filosofía en las universidades chilenas, aunque por cierto su importancia irradió sobre diversos otros aspectos de toda la sociedad chilena. De acuerdo a la información registrada acerca de la frecuencia de graduados en filosofía en las universidades de este país en el período trabajado, es en la década de los años 60 en la que se estabilizan esos estudios en las cuatro universidades que los ofrecían. A comienzos de esa década se inicia un ascenso en la cifra de graduados que parte con 13 en el año 1962, la que con leves

variaciones alcanza a 41 en 1967 y se mantiene en ascenso hasta llegar a 48 y 47 entre 1969 y 1971. En 1972 cae, sin embargo a 7 graduados, aunque se recupera en 1973 con 15, para continuar con oscilaciones en torno a los 20 graduados en los años inmediatamente siguientes. Esta brusca caída entre los años 1972 y 1973 se experimenta por igual en los cuatro Departamentos de Filosofía universitarios existentes en ese momento. El golpe militar de septiembre de 1973 que puso fin a un período político complejo en el país, produjo también un efecto inmediato en esos Departamentos y en los estudios de filosofía del país. Aparte de la abrupta caída y disminución posterior en la tendencia creciente de los graduados que se venía experimentando sostenidamente, hay otros hechos que modifican drásticamente la práctica de la filosofía en el país.

El hecho inmediato que transforma la presencia de la filosofía en esas universidades, está configurado por la exoneración de sus funciones académicas de varias decenas de profesores de tres de esos Departamentos de Filosofía, decididas por las autoridades militares que se hicieron cargo de tales universidades en distintas fechas a partir de septiembre de 1973. Así, fueron exonerados 45 profesores de la Universidad de Chile, repartidos entre sus sedes Oriente (15), Norte (18) y de Valparaíso (12). En la Universidad de Concepción se exoneró a 9 profesores y 2 renunciaron a sus cargos. En la Pontificia Universidad Católica de Chile fueron exonerados 7 profesores. La exoneración de un total de 63 miembros de Departamentos de filosofía universitarios, dio inicio a diversas variantes de aquel proceso de emigración señalado más arriba, de exilio en algunos casos, o de desplazamientos ya sea hacia fuera del mundo académico oficial, fuera del país, y en ocasiones incluso fuera de la profesión de la filosofía. Algunos de ellos no pudieron o no quisieron regresar nunca más al ejercicio público de la filosofía. Para esas exoneraciones, en la gran mayoría de los casos se adujeron razones políticas, por ser partidarios en distintos grados del régimen político derrocado por el golpe militar, o bien por no estar dispuestos a identificarse con los principios del gobierno militar que se implantó, o bien por no defender o compartir públicamente tales principios. La filosofía pasó a

convertirse en esos momentos en una actividad fuertemente sospechosa de incitar a desobediencias, distanciamientos, desafecciones o de ser un semillero de resistencias, revueltas políticas frente al régimen imperante. Además de su carácter teórico, la filosofía adquirió un valor simbólico de índole crítico, contestatario y, por ello, político, que era preciso vigilar de cerca. Y así se hizo.

Nuestra investigación no tiene entre sus objetivos realizar un análisis o evaluación de los elementos que configuraron el cuadro político que se presentó antes y después de septiembre de 1973 en la sociedad chilena. Pero puesto que se trata de examinar las condiciones de existencia de la enseñanza de la filosofía en las universidades chilenas en un período de 74 años, en el cual ese acontecimiento político se ubica prácticamente en la mitad de él, pues sucedió 38 años después de su inicio: 1935, y desde allí hasta el término del período que examinamos en esta investigación pasaron 35 años, no podemos menos que asignarle una posición literalmente central, de notoria relevancia dentro del conjunto de los hechos que conforman tales condiciones de existencia. Son algunos de esos datos básicos obtenidos en el curso de la investigación, los que nos impiden desconocer un hecho que pone de manifiesto la profundidad y extensión de los efectos generados por ese acontecimiento, en el complejo cuadro de hechos y relaciones de lo sucedido con posterioridad a él en el campo de la filosofía en las universidades chilenas. Son esos datos los que nos han conducido inevitablemente a tener que detenernos en factores que permitan visualizar de mejor manera lo allí sucedido. Con los datos que logramos recoger de ese período de 74 años podemos situar algunos elementos de ese acontecimiento que cabría decir que, en por lo menos algún sentido, dividió a la enseñanza universitaria de la filosofía en dos partes, en dos mitades: antes y después de Septiembre de 1973.

Otro de los efectos de ese acontecimiento sobre el tema que aquí nos interesa, se puede apreciar en el hecho de que desde el Ministerio de Educación se impuso a comienzos de 1981 una drástica transformación del Sistema de Educación Superior que, entre sus distintas consecuencias, produjo el quiebre del carácter nacional que tenía la Universidad de Chile. Esto trajo consigo la transformación de sus Faculta-

des de Filosofía y Educación en Santiago y de la Facultad de Humanidades en su Sede de Valparaíso, primero en las Academias Superiores de Ciencias Pedagógicas en Santiago y Valparaíso, respectivamente. Pocos años después estas dos Academias fueron convertidas en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación en Santiago, y la Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación en Valparaíso. Ninguno de estos cambios fue consultado en ningún grado por el Ministerio de Educación del momento con las comunidades universitarias del caso. Esas dos Academias primero y las siguientes dos universidades derivadas de ellas, más la Universidad de Valparaíso, creada también en 1981, en reemplazo de la Sede Valparaíso de la Universidad de Chile, crearon cada una de ellas sus respectivos Departamentos de Filosofía, que continuaron impartiendo los estudios de filosofía que previamente entregaba la Universidad de Chile. Además de la censura que ya existía desde 1973 acerca de los pensadores que no debían estudiarse en las instituciones universitarias, quedaba de manifiesto en ese momento el especial interés por disponer de un pleno control ideológico e institucional sobre esas dos primeras Academias creadas y su conversión posterior en universidades pedagógicas, pues éstas eran el lugar privilegiado de formación de profesores para la enseñanza media nacional. Y filosofía jugaba un importante rol en ese proyecto de rediseño universitario, ya fuese para impedir la propagación de ideas y de sus eventuales acciones críticas, indeseables en aquel momento, o bien para promover posiciones teóricas que no afectasen o fuesen acordes con la postura ideológica del régimen político existente en ese momento.

*

Desde 1935 hasta el año de cierre de la información registrada en esta investigación, 2008, además de los miles de graduados en filosofía en un amplio conjunto de universidades, las condiciones de existencia generadas en ese período han llevado a esos filósofos a incorporarse en los distintos niveles del sistema educacional del país. En agosto de 1949 se publicó el Volumen 1, Número 1 de la primera Revista de Filosofía del país, auspiciada por la Sociedad Chilena de Filosofía y la Universidad de Chile. Ya antes de esa fecha habían comenzado los diferentes tipos de desplaza-

mientos de los filósofos locales por entre los diversos campos de realidad social, cultural, institucional, política existentes en Chile, así como por otros países hablantes de nuestra misma lengua o de otras foráneas. Entre el 8 y el 15 de julio de 1956 los filósofos chilenos recibieron en Santiago de Chile por primera vez oficialmente a sus colegas viajeros procedentes de otros países occidentales. La Sociedad Interamericana de Filosofía convocó en esta capital al Primer Congreso Interamericano de Filosofía, realizado en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Fue presidido por uno de los primeros graduados en esta universidad en el año 1941, Jorge Millas. En su sesión inaugural, junto a representantes de EE.UU. y México, hicieron uso de la palabra el Presidente de la Sociedad Interamericana de Filosofía y de la Sociedad Chilena de Filosofía, el filósofo Pedro León Loyola, y en representación del gobierno chileno, otro filósofo graduado allí también en 1944, Mario Ciudad. Podría decirse que ese Congreso fue la primera ocasión oficial en que se colocó a Chile en el mapa de viajes y de viajeros de la filosofía por el mundo.